

## CIENCIA Y FE.

(Continuación.)

### II.

La historia de la ciencia es la historia del entendimiento humano, infatigable Sísifo que cuanto más se remonta á las regiones de lo sobrenatural, tanto más se sumerge en las tinieblas de lo desconocido. No es posible convenirse, sin embargo, de que Dios que hizo ostentación de su poder sin límites en la formación del mundo material, donde todo es relación, todo ley, todo armonía, se haya mostrado avaro en el mundo del espíritu, limitando sus dones á los deficientes principios de un conocimiento puramente natural. Por eso, deber de todo el que quiera preciarse de verdadero filósofo, es investigar si Dios no se ha manifestado al hombre, de otra manera que por la naturaleza y la razón, y reconocer la limitación de la inteligencia humana, para deducir de ella el medio más seguro de dar satisfacción á la abrazadora sed de la verdad entera, inalterable, hacia la cual le arrastran sus tendencias.

El hombre tiene una luz inherente á su naturaleza, la luz de la razón que le permite distinguir en lontananza un mundo nuevo, detrás de las formas sensibles de la vida, donde termina su imperio; y este mundo superior despierta en su alma una necesidad irresistible, tan imperiosa, como el deseo innato de saber. Esta necesidad es la de creer en un espíritu superior que alumbre sus tinieblas. Ahora bien, nada más natural que este comercio, entre el Supremo Espíritu que es Dios, y el limitado espíritu del hombre, por medio de la revelación. La Inteligencia absoluta, la Razón soberana que depositó en nuestra alma la aspiración ilimitada á la verdad, no puede menos de ennoblecerla, de enriquecerla y levantarla á la perfección que reclaman sus tendencias. Luego, es razonable admitir un conocimiento de la verdad, más elevado que el conocimiento puramente natural.

La fe, por tanto, es una necesidad imprescindible en el hombre, desde que responde á una exigencia de su espíritu, en cuya naturaleza se hallan radicadas dos tendencias fundamentales: la de saber y la de creer. La fe le descubre acerca de Dios, del mundo y de sí mismo verdades que hubieran sido siempre inaccesibles á la simple razón; y que una vez adquiridas, derraman nueva claridad sobre el armónico conjunto de las relaciones sustanciales de la vida humana. La fe es el foco esplendoroso de las ciencias, es el punto fijo, donde se halla la verdadera fuente del saber humano. Las leyes de la credibilidad en nada ceden, por tanto, á las eternas leyes de la lógica; sino que, por el contrario, al observar la marcha del entendimiento en su desarrollo progresivo, se descubre, que la fe le ha guiado siempre á la ciencia; porque para saber, es necesario aprender, y toda enseñanza supone fe en la palabra de aquel que la transmite. Si la fe desapareciera, desaparecería con ella toda ciencia, por que creer es razonar, pero razonar, más rectamente, con más profundidad y amplitud. Preguntamos ahora: ¿Será razonable el que el hombre, debiendo creer en el hombre, niegue su fe sólo á Dios? . . . Lue-

go para ser razonable, es necesario creer; pudiendo muy bien asegurar, en vista de lo expuesto, que los hombres sin fe, son más faltos de razón que de creencia.

¿Qué mayor sinrazón que la de sostener que el pensamiento humano tiene también las suyas. Los principios indemostrables de verdad, leyes son, que el pensamiento ni puede ni ha podido imponerse por sí mismo; y á las que la razón tiene que someterse, sin embargo, en la investigación de las verdades que se hallan á su alcance. ¿Y si el pensamiento humano no es libre ni en la limitada esfera de sus conocimientos, cómo podrá serlo en la adquisición de verdades que superan sus esfuerzos? Y si el hombre necesita de la fe, para alcanzar estas verdades, como queda demostrado; ¿puede concebirse mayor sinrazón que la de proclamar, en consecuencia, el no menos temerario absurdo de la enseñanza libre, ó de la secularización de la enseñanza, fundado en la blasfemia de que la fe se opone al desarrollo progresivo de la ciencia?

Si la ciencia por sí sola, con un *fiat* tan poderoso como el del Omnipotente, fuera capaz de hacer surgir la luz de las tinieblas; la inteligencia humana, surcando el inconmesurable océano de la verdad, pudiera prescindir, á no dudarlo, de la fe, que es la estrella polar del cielo de la ciencia; pero como ésta es deficiente por sí misma, tiene, por única garantía de la verdad, una enseñanza superior, una palabra infalible que la complete y perfeccione. Tal es la revelación.

Luego, tanto el libre pensamiento, como la enseñanza libre, son crímenes de lesa ciencia, sancionados por el orgullo de nuestra época, á título de engrandecimiento y progreso de los pueblos; y que en último análisis se resuelven en la libertad intransigente del error, que es, como llevamos dicho, el cáncer que devora las entrañas de la sociedad moderna, y que viene desequilibrando al mundo en este siglo.

Libre del error, para correr impunemente en pos de sus conquistas; libre la ciencia, para atacar con alevoso empeño el dogma y el ministerio; libre la filosofía, para deificar al hombre y sus instintos; libre la política, para proclamar el socialismo antisocial ó el liberalismo descarado; libre la literatura, para alagar las más groseras pasiones y despertar instintos los más brutales; libre la prensa, para propagar estos errores y trastornar mil mundos con su influencia; libre la cátedra, para enseñar doctrinas arbitrarias, sin que ni Dios, ni la Iglesia, ni la sociedad, ni la sanción del Estado se interpongan; libre, en fin, la inteligencia, para desviar sus destinos; libre queda también la voluntad, para abrazar el crimen; y nada es más retrógrado que el crimen.

Es, pues, falta de razón, el proclamar la libertad de pensamiento y la secularización de la enseñanza, como fuente de felicidad y de progreso. Es falta de buen sentido, poner en pugna la razón con la creencia. Es extremada locura, el sostener, por último, que el hombre se degrada al aceptar el magisterio de Dios.

(Continuad.)

Tomás A. Alvarado.